

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE OSMA.

CARTA PASTORAL.



NOS EL DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO Y UBAGO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Obispo de Osma, Camarero Secreto de Su Santidad,
Señor de las Villas del Burgo, Ucero y las dos
Quintanas-Rubias, etc., etc.

AL VENERABLE DEÁN Y CABILDO DE NUESTRA SANTA IGLESIA
CATEDRAL, AL VENERABLE ABAD Y CABILDO COLEGIAL DE SORIA, A
LOS ARCIPRESTES, PÁRROCOS Y DEMÁS CLERO, A LAS COMUNIDADES
RELIGIOSAS Y A TODOS LOS FIELES DEL OBISPADO,

Salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Benedixit Deus diei septimo et sanctificavit illum.

(Genes. 2, 3.)

Y bendijo Dios al día septimo y lo santificó.

Venerables Hermanos y amados Hijos: Sabemos que la santificación de los días de fiesta es objeto constante de la predicación de nuestros celosos Párrocos, y Nos ha parecido asunto muy práctico y de grande utilidad para tratarlo en esta Carta Pastoral, que con motivo de la Santa Cuaresma dirigimos á nuestros fieles Diocesanos, no dudan-

do que redundará en bien de sus almas, como de todo nuestro corazón deseamos.

Quisiera Satanás que no hubiese fiestas cristianas, y lo está procurando con toda su astucia y malignidad. Por su soberbia, no queriendo que Dios fuese adorado, lanzó aquel grito sedicioso que hoy repiten los que le siguen, que desgraciadamente son muchos. *Non servíam. No te serviré*, y cayó Lucifer; como van cayendo y caerán todos sus adoradores; desde lo alto de los Cielos fué precipitado en el abismo del infierno; pero aun despues de su caída sigue adelante en sus intentos de rebeldía; se agita como serpiente para que no haya en la tierra quien adore y sirva al Creador; quisiera que desaparecieran la religión y el culto; y como las fiestas son parte tan importante de la Religión, y como en ellas se dá tan principalmente culto á Dios Nuestro Señor, dice y con él sus imitadores y discípulos. *Quiescere faciamus dies festos a terra*. Hagamos cesar en la tierra todos los días de fiesta dedicados á Dios (Psalm. 73, 8.)

Y en cambio de las fiestas religiosas, quiere que haya otras fiestas, quiere que haya fiestas de libertinage y disolución, quiere y procura que haya fiestas en las que lejos de honrarse y dar gloria al Señor se le ultrage y ofenda; fiestas profanas y gentílicas como las que, instigados por él, celebran los mundanos en los días de carnaval, que acaban de pasar, y con frecuencia desconsoladora, entregándose á diversiones inmorales ó peligrosas, torpes placeres y espectáculos profanos.

Desgraciadamente, algo y mucho va consiguiendo Satanás, con grave detrimento y ruina de las almas; pero no todo lo que quiere. Todavía hay fiestas cristianas, y las habrá siempre. La Iglesia las celebra; y todavía hay muchos y buenos católicos que las celebran santamente; más para otros los días festivos no se distinguen de los demás, no los guar-

dan y respetan, son como si no fueran, viéndose en ciertos puntos labradores que trabajan en el campo, artistas en sus talleres, cuando nó en las calles y plazas, comerciantes en sus establecimientos, é industriales en sus fábricas, muchas veces con escándalo. Quisiéramos que en nuestra amada Diócesis no hubiese quien infringiera tan importante y santo precepto, y este es el fin que nos proponemos en esta nuestra exhortación pastoral, deseando que, persuadidos todos de la obligación de guardarlo, todos lo cumplan y observen fielmente, para que así cunda el buen ejemplo y se respete la ley santa del Señor y de su Iglesia.

La misma razón nos dicta que deben consagrarse de un modo especial algunos días al culto del Señor, pudiendo en ese sentido considerarse dicha ley como natural, aun cuando no pertenezca á la misma señalar los días que han de destinarse para cumplir tan sagrada y convenientísima obligación.

Debemos á Dios cuanto tenemos y somos: de Él hemos recibido la vida, y es también Él quien nos la conserva; nos ha criado para un fin muy alto, y nos concede tiempo y gracias para alcanzarlo; dispone de nuestra existencia, que no se prolongaría ni un solo instante sin su beneplácito, y puede en cualquier momento cortar el hilo de nuestra vida, sujeta á tantos accidentes y peligros. ¿No será, pues, justo, natural y razonable que se consagren especialmente ciertos días al culto del Señor? Claro está que en todo tiempo y lugar le hemos de servir y reverenciar, como también es para todos evidente que el negocio de nuestra salvación ha de ser el negocio de siempre; pero esto no obsta para que le dediquemos algún tiempo determinado, como lo fijamos para cualquier negocio temporal, que importa y vale incomparablemente menos que el negocio de nuestra alma, cuyo destino es inmortal y eterno.

Hemos sido criados para vivir en sociedad, la cual es bien sabido que no puede existir sin Religión, así como ésta, para mirar por aquella, exige que los hombres que la forman se reúnan de cuando en cuando, á fin de reverenciar y ofrecer culto al Señor, como se practica en los días festivos. Por otra parte, no es de hierro nuestra naturaleza, y por robusto que sea el hombre, aunque se encuentre en el apogeo de su virilidad, sus fuerzas se quebrantan con un trabajo incesante y continuo, necesitando repararlas por medio del descanso, si no quiere que aún en la flor de la vida aparezcan señales de enervación y decrepitud; por lo cual, y prescindiendo de otras consideraciones, bastan las ya expuestas para deducir clara y evidentemente que la institución de las fiestas es sapientísima; que se funda en la ley natural, y que nuestra propia razón, con su luz clarísima que viene del Cielo y la ha comunicado el mismo Dios, que es su autor, como lo es de la fé, está pidiendo su observancia.

Se ha mostrado Dios benignísimo, concediéndonos gracias y bienes en abundancia; pero era muy justo que se reservara y se ha reservado algo para sí; de entre los edificios ha elegido los Templos para tener una casa especial donde habitar en la tierra; de todas las cosas se reservó las décimas, de los miembros humanos el corazón, que es la parte más preciosa del hombre, para reinar en él como dueño y soberano, y del tiempo, aunque le pertenece todo, se ha reservado los días festivos, que entre todos los demás tienen honor y preeminencia, son los más excelentes, por lo mismo que están consagrados al Señor. Nos ha concedido seis días de la semana para el trabajo corporal, pudiendo los hombres atender en ellos á sus oficios é industrias, á sus intereses y negocios, sin olvidarse del eterno, y muy sabiamente ha destinado un día para el descanso,

siguiéndose de esta ley grandísimos beneficios para el género humano, no solamente en el orden religioso, sino tambien en el orden natural; en el social y en el doméstico; en el moral y en el político.

Así lo reconocieron todos los pueblos, y celebraron sus fiestas, considerándose obligados, aun los gentiles, griegos y romanos, á rendir este tributo al Creador. Entre los judios, su fiesta semanal era el sábado, que lo celebraban en memoria del complemento de la creación, siendo escrupulosísimos en su observancia y castigando severísimamente la más ligera transgresión. «Acuérdate, les fué dicho, de santificar el día del sábado. Seis días trabajarás y harás tus quehaceres; mas el séptimo es el sábado del Señor; en él no te ocuparás de negocios, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva.» Expresa además el sagrado Texto cuál fué el motivo de este mandato, diciendo: «Pues en seis días ha hecho Dios el Cielo, la tierra y la mar, y todo lo que hay en ellos, mas el séptimo día reposó, por esto bendijo Dios el sábado y le santificó. (Exodo XX. 8-11.)» Para que este precepto se conservase en las generaciones, fué escrito en las tablas de la ley, instituyéndose otras fiestas que los Hebreos celebraban también con religiosa exactitud, como, prescindiendo de algunas más, la Pascua para recordar aquella memorable noche en que el Angel del Señor quitó la vida á todos los primogénitos de Egipto, sin tocar á los de Israel que vivían con ellos; la de Pentecostés, en memoria de la ley dada por Dios á Moisés sobre el monte Sinaí á los cincuenta días de su salida de Egipto, y la de los Tabernáculos instituida para recordar aquellas tiendas y pabellones, bajo los cuales acamparon los Israelitas durante los cuarenta años de su peregrinación por el desierto, antes de entrar en la tierra prometida.

Pero hablemos del pueblo cristiano; de este pue-

blo, verdadero Israel de gracia, sin comparación más favorecido por Dios que el antiguo; de este pueblo que ha recibido tantas bendiciones y gracias tan singulares; de este pueblo que además de conservar la fé en Cristo, que nos ha redimido, tiene el honor y la dicha de que en él se haya quedado el mismo Jesucristo en un Sacramento augusto, que bien se llama Sacramento del amor, para habitar con nosotros hasta la consumación de los siglos; de este pueblo que celebra misterios solemnísimos y guarda el precioso depósito de una revelación divina, de unos Sacramentos causativos de la gracia *ex opere operato*, de una institución, la del Pontificado, que resiste los furiosos vendabales que han promovido contra él sus adversarios de todos los tiempos, sosteniéndose siempre triunfante y victorioso, de una doctrina pura, santa, verdadera é inmutable; hablemos, sí, del pueblo cristiano; de este pueblo obligado cual ninguno á bendecir, alabar y glorificar al Señor; de este pueblo que acampa bajo los hermosos pabellones de la adorable Providencia Divina y en el que ha obrado el Todopoderoso prodigios y maravillas que admiran los mismos Angeles; hablemos del pueblo cristiano y de sus fiestas, que esto es lo que nos toca más de cerca y tiene un interés más práctico para nosotros.

Por motivos sapientísimos, al sábado de los Judios, último día de la semana, ha sustituido entre los cristianos el Domingo, que es el primero, y no carece de misterio esta sustitución ni ha sido hecha sin razones de gran significación. Si el sábado recordaba el término de la creación, el domingo nos trae á la memoria el principio de la misma; pero hay consideraciones de un orden superior que se relacionan con los misterios del cristianismo, por los cuales, y principalmente por la Redención se efectuó una creación tanto más elevada cuanto lo sobrena-

tural está sobre lo terreno y la gracia sobre la naturaleza. En domingo se obró el gran misterio de la Resurrección, que viene á ser como el complemento de nuestra Redención, puesto que Cristo resucitó para nuestra justificación y en ese milagro estupendo encontramos la prueba fundamental de su Divinidad y de la verdad de nuestra Religión. En domingo también descendió el Espíritu Santo sobre el colegio Apostólico, promulgándose entonces solemnemente la ley cristiana, que es ley de amor y gracia, y sustituyendo al Pentecostés de los Judios el Pentecostés de los cristianos.

El gran San León expone de modo admirable estos pensamientos, diciendo: «El día del Señor ha recibido una sublime consagración por la misteriosa dispensación de los divinos dones y por el complemento de todas las principales instituciones de salud, ordenadas por Cristo. En este día principió la obra de la creación; en este día la Resurrección de Jesucristo puso término á la muerte y principió la vida; en este día descendió el Espíritu sobre los Apóstoles.» No puede exponerse con palabras más elocuentes, siendo al propio tiempo instructivas y muy espirituales, las razones que hubo para solemnizar el domingo.

Pero así como los Israelitas tenían, además del sábado, otras solemnidades, que celebraban con tanta veneración, las tenemos también nosotros para conmemorar los principales Misterios de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen y en honor de algunos Santos que resplandecieron extraordinariamente por sus virtudes y brillan como astros de primera magnitud en el Cielo hermoso de la Iglesia católica. Mas nuestras fiestas son más solemnes, más grandiosas y excelentes; como es superior la realidad á las figuras y excede en belleza la luz á las sombras. No hay fiestas como nuestras fiestas, ni

misterios como los del cristianismo, ni solemnidades como las que celebra Nuestra Santa Madre la Iglesia católica. Tampoco hay consuelos tan puros, ni goces tan verdaderos, ni emociones tan tiernas, ni alegrías tan dulces como las que experimenta y siente el cristiano en esos días de las grandes festividades religiosas que la Iglesia celebra con solemne aparato y majestuosa pompa, ostentando todas las bellezas del culto, que no solamente conmueve en las grandes Catedrales, donde hay preciosos ornamentos, riquezas artísticas y joyas de gran valor, sino también en las pequeñas aldeas, donde, en medio de una sencillez conmovedora, se admira esa grandeza y sublimidad que inspira á todos sus actos nuestra Religión bendita. De todo hemos visto y presenciado, y todo nos ha conmovido dulcemente, elevando nuestro corazón hasta el Cielo, y con el corazón nuestros afectos, nuestras miradas y nuestros pensamientos. Los que gustan ese don de Dios no es posible que se aficionen á los placeres y goces materiales, tan vanos, tan pasajeros y tan miserables.

Las fiestas y diversiones del mundo, saben por experiencia los que ponen en ellas sus complacencias, buscando la felicidad donde no puede encontrarse, que son insuficientes para llenar las aspiraciones y deseos del corazón, mientras que las fiestas del espíritu, como son las de la Iglesia, cuando se celebran según sus máximas y enseñanzas, comunican venturosa dicha á las almas, haciéndoles sentir esa paz santa, que inunda también los hogares de las familias cristianas y las hace felices, cuando el temor de Dios preside en ellas y cumplen santamente sus divinas leyes y los mandamientos de la Iglesia.

El precepto de santificar las fiestas es negativo en cuanto por él se prohíben algunos trabajos y afirmativo por lo que en el mismo se manda. Bajo el primer respecto son muchos los que no lo guar-

dan, y si quiere saberse cuál es la causa, se encontrará en la ambición que á muchos domina, y en la falta de fé que en otros existe, habiéndose amortiguado en sus corazones hasta el extremo de no confiar cual debieran en la Providencia de Dios, que si cuida de las avecillas que vuelan por los aires y adorna con tanta galanura á los lirios de nuestros campos, menos se olvidará del hombre, para darle alimento y vestido, habiendo sido criado á su imagen y semejanza. Les embarga la sed de oro, que nunca pueden satisfacer, sucediéndoles lo que al hidrópico, que cuanta más agua bebe está más sediento; así ellos, por muchas riquezas que amontonen, siempre ambicionan más. Para que lo tuviéramos presente, y como si quisiera darnos una lección sobre asunto tan importante, curó el Salvador en sábado á un hombre que padecía aquella enfermedad, con lo cual bien se significa que debe el cristiano no preocuparse en los días festivos de negociar esas riquezas materiales que siempre dejan vacío y anhelante el corazón que se vé atormentado por la llaga de la avaricia. No hacen bien, sino que por el contrario obran necia é imprudentemente, los que procurando con afán lo que se nos ha prometido dar por añadidura, no buscan ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia. Trabajan mucho para atesorar en la tierra, y no se cuidan de otro tesoro sin comparación más precioso, que es el de méritos y virtudes para el Cielo. Recuerden que el Señor prohibió á los Israelitas coger el maná en día de sábado; era que no podía recogerse sin mirar á tierra, y quiere Dios que principalmente en los días festivos elevemos nuestros ojos al Cielo, absteniéndonos de trabajos corporales y sin preocuparnos de los bienes terrenos. Después de todo, se engañan miserablemente los que piensan enriquecerse trabajando en los días festivos; bien poco se vé que les luzca su

trabajo; y aun que el castigo en la otra vida será más tremendo, también en esta suelen experimentarlo, porque Dios dispone del hielo y de la escarcha, del calor y del frío, de la lluvia y del granizo, de la tempestad y del rayo, y tiene en su mano la salud y la enfermedad, la vida y la muerte.

Merecen considerarse detenidamente aquellas palabras que dijo el Señor por Jeremías: «Si vosotros, guardando mis fiestas, no permitiereis que entren cargas por las puertas de vuestra Ciudad esos días, Yo haré que por esas mismas puertas entren vuestros Reyes gloriosos por todos los siglos. Mas si por el contrario no las guardaseis, absteniéndos de todas las ocupaciones serviles, protesto que entregaré al fuego y á las llamas esta Ciudad hasta que quede toda reducida á cenizas.» Abran sus ojos los profanadores de los días santos; ábranlos también los gobernantes, y no duden que tantos desastres como hemos sufrido, tantas calamidades como lloramos, tantas penas como nos afligen, la pérdida de las cosechas y los diversos infortunios que sienten familias y pueblos, se deben muy principalmente á que se han provocado las divinas venganzas con tantos pecados como se cometen y en especial con la profanación de los días de fiesta.

No puede haber y no hay sino maldición para los que no los guardan, así como el Señor se complace en derramar sus bendiciones sobre aquellos que los santifican, según lo atestiguan estas palabras de San Gregorio Magno: *Innumeris benedictionibus diem dominicam sanctificavit.* ¿Y cómo santificaremos bien las fiestas? Ya hemos dicho la obligación que hay de abstenerse de ocupaciones serviles, como son las faenas del campo y otros trabajos corporales; si bien se dan casos en que la necesidad verdadera y grave los hace lícitos, debiendo entonces obtenerse el permiso de la Autoridad eclesiástica; pero no bas-

ta el descanso, pues Dios al mandarlo no es para que estemos ociosos, sino para que al propio tiempo que reparemos las fuerzas del cuerpo, se robustezcan las espirituales, quizá algún tanto debilitadas por las continuas tareas y negocios de la semana. Cuando el Señor mandó á los Judíos que celebraran el sábado, fué para que atendiesen á la santificación de sus almas, queriendo lo mismo de los cristianos en la institución del domingo y demás fiestas. Pues bien; la santificación hemos de alcanzarla con obras santas, y para que en ellas nos empleemos, han sido establecidas nuestras fiestas. *Requies Sabbati sanctificata est Domino.* (Exod. 16-23.) El descanso del sábado ha sido santificado para el Señor.

¿Cuáles serán esas obras buenas con las que se santifiquen los cristianos en la celebración de sus fiestas? Creen algunos que basta oír la Santa Misa, porque la Iglesia ninguna otra cosa positiva manda como riguroso precepto; pero los que así discurren, qué poco generosos se muestran con Dios, padre amantísimo que nos manifiesta sus bondades, disponiendo que suspendamos en ciertos días el trabajo al cual fuimos castigados por el pecado de nuestros primeros padres. Cierto es que lo esencial es que se asista al Santo Sacrificio de la Misa, pero el espíritu de nuestra Santa Madre Iglesia es que además practiquemos otras obras de piedad, devoción y caridad.

Respecto á la Santa Misa, el que, sin causa legítima, falte á parte notable, comete pecado mortal, como también es reo de culpa el que no la oye con atención. Preguntamos ahora: ¿Habrá cristianos que no asistan al Santo Sacrificio de la Misa en los días festivos cuando, á serles posible, debieran asistir en todos? ¿Habrá cristianos que no la oigan con devoción y respeto? Desgraciadamente, hay algunos; aunque parezca increíble, lo uno porque se ofende á Dios y desobedece á la Iglesia; lo otro por lo que es la Santa Misa.

Recordemos que, por razón de la víctima y principal oferente es el mismo sacrificio que se inmoló en el ara santa de la Cruz; que tiene un valor infinito para que se nos apliquen los méritos de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; que es el acto más grande de la Religión cristiana y por el que más gloria puede darse y se dá al Padre Eterno; que los Angeles del Cielo adoran á su Rey Divino en la sagrada hostia y en el cáliz; que la Eucaristía es un Misterio de amor; que oculto bajo las especies de pan y vino está real y verdaderamente el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; que el Sacrificio del Altar, como Propiciatorio, nos reconcilia con la Justicia Divina, ofendida por los pecados de los hombres, alcanzándonos gracias para aplacarla; es Satisfactorio, y no puede ofrecerse al Padre Eterno don más precioso en compensación de las injurias que ha recibido; es Impetratorio, y quién podrá expresar, aunque tuviese lengua angélica, las gracias y beneficios que por él se alcanzan?; es, finalmente, Eucarístico, en cuanto que por él damos gracias al Todopoderoso por tantas mercedes y favores que hemos recibido de su próspera y dadivosa mano. Aprovechémonos, pues, de tan gran sacrificio para alabar y bendecir, *secundum multitudinem magnitudinis ejus* (Psal. 150), al Dios Omnipotente que más se complace en él que en todos los obsequios que le tributan cuantas criaturas hay en el Cielo y en la tierra, porque tiene una virtud infinitamente superior á la de todos los sacrificios de la antigua ley, que, por sí, aunque hubiesen sido inmoladas todas las criaturas, ni un solo pecado hubieran podido expiar condignamente según aquella exclamación del Profeta: *Numquid placari potest Dominus in millibus arietum?* (Mich. 6. 7.) Pues qué, puede el Señor aplacarse con millares de carneros?

Pero aunque sea tanta la excelencia de tan gran-

de sacrificio, si quiere el cristiano corresponder, en lo posible, á las misericordias divinas y santificar las fiestas según el espíritu de la Iglesia, no debe limitarse al solo acto de oír la Santa Misa; debe manifestar de otras maneras su piedad y devoción. ¿Qué juicio merecen aquellos cristianos que por la mañana oyen la Misa y despues no se acuerdan más de Dios, sino es para ofenderle con sus excesos; que viene la tarde y paréceles que todo les es permitido, aunque se trate de espectáculos peligrosos y diversiones reprobadas; que no piensan más que en tener mesa opípara y regalada; que ponen su gozo en ostentar y lucir trajes preciosos que su posición no les consiente, ocasionando quizá la ruina de sus familias? Y no es que reprobemos que durante algún tiempo se tenga una recreación honesta y cristiana; lo que reprobamos son las diversiones profanas y peligrosas; diremos con S. Gregorio, *no vedo la recreación sino la desvergüenza*; no nos parece mal que en los días festivos se vista con más decencia; al contrario nos agrada y queremos que hasta en esto se distingan; lo que nos parece mal es ese lujo excesivo y vana ostentación, que suelen ser causa de muchas lágrimas y penas. Son hermosísimas y queremos recordar unas palabras de S. León: «Si es conveniente á la razón y á la Religión, dice, aparecer los Domingos con un vestido más limpio y precioso, ¿cómo no lo será que las almas de los cristianos, que son verdadero y vivo templo del Espíritu Santo se adornen con cuidado, y para celebrar el Misterio de nuestra Redención alejen con toda diligencia de ese templo toda mancha de pecado?» (Serm. 41.) Y, sin embargo, es una triste verdad, digna de ser llorada con lágrimas de sangre, que en los días de fiesta es cuando más pecados se cometen por algunos, que dan lugar con sus iniquidades á que el Señor repita aquellas quejas que exhalaba por Isaias: *Kalendas vestras, et festivitates*

vestras odivit anima mea, factae sunt, mihi molestae, laboravi sustinens (Isa. 1. 14.) Vuestras calendas y vuestras solemnidades las aborrece mi anima, me son enojosas, cansado estoy de sufrirlas.

Y no es que al Señor no agraden las fiestas, que El mismo ha instituido y en las que se complace mucho; lo que abomina y detesta son los pecados que en ellas se cometen. Por estos abusos que hay, dicen algunos. Suprimamos las fiestas, para que desaparezcan las abominaciones y desórdenes que lamentamos; pero no discurren bien; las fiestas son buenas, muy excelentes y santas, lo son por su origen, por su naturaleza y sus fines; no son causa de los pecados con que en ellas se ofende á Dios; han sido instituidas y deben sostenerse para fomentar las virtudes; no hay que suprimirlas, no hay que clamar contra ellas; contra lo que hay que levantar la voz y la levantaremos siempre es contra los pecados de hombres ingratos que no tienen temor de Dios; lo que hay que suprimir son los abusos, que no hay que atribuirlos á las fiestas, sino á la perversidad y malicia de los que á ellos se entregan, siendo también responsables los que, debiendo castigarlos, no los castigan.

Diremos ahora brevemente á nuestros muy amados hijos, y ya para terminar, de que manera santificarán las fiestas con gran provecho espiritual para sus almas. Si en el pueblo se celebrara más de una Misa conviene que oigan la Mayor, singularmente porque en ella se predica la Divina palabra; y como el Párroco tiene el deber de anunciarla, tambien los fieles necesitan escucharla, porque el hombre no vive solo de pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, y oyéndola es como el alma adquiere consolación y luz, según exclama el Real Salmista *Lucerna pedibus meis Verbum tuum, et lumen semitis meis* (Psalm. 118. 105.) Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sentidos.

¡Ah! que hermoso ejemplo dan y cuanto gozan esas familias cristianas que manifiestan su piedad y catolicismo, asistiendo el padre, la madre, los hijos, á las solemnidades de la Iglesia y los divinos oficios; que se congregan en el Templo para rezar con el Sacerdote y demás fieles el Santo Rosario, el Via-Crucis y otras devociones; que reciben con docilidad cristiana y practican las enseñanzas catequísticas de su celoso Párroco; que se acercan con frecuencia á recibir la Sagrada Eucaristia, que es el pan de los fuertes; que en su propia casa aprovechan algunos ratos para lectura espiritual, por la que Dios les habla, y rezan oraciones con las que ellos hablan con Dios; que practican algunas obras de caridad, visitando al pobre y al enfermo; llevando al necesitado pan, alimento, vestido y consuelo espiritual. Así es como se santifican bien las fiestas; así queremos que las santifiquen nuestros fieles diocesanos.

Hijos queridísimos; guardad los días festivos, para santificarlos, como os manda el mismo Dios, según está escrito y se lee en la Sagrada Escritura. *Observa diem Sabbati ut sanctifices eum, sicut praecepit tibi Dominus Deus tuus* (Deut. V. 12.) Oid lo que dijo el Señor: *Custodite Sabbata mea, et dabo vobis pluvias temporibus suis; et terra gignet germen suum; ei pomis arbores replebuntur* (Lev. 26. 2.) Guardad mis Sabados, y yo os daré la lluvia en sus tiempos, y la tierra dará su esquilmo, y los árboles cargarán de frutos.

Porque anhelamos vuestra dicha, porque queremos vuestra felicidad; porque no tenemos deseo más ardiente que el de vuestra salvación; porque sabemos cuanto importa para vuestro temporal bienestar y dicha eterna la santificación de los días del Señor, os exhortamos tan encarecidamente á que los observeis según el espíritu de la Iglesia, que es la mejor de las madres.

Existe el proyecto de que sea ley del Reino el descanso Dominical. Siempre debió haberlo sido, y mucho nos congratularemos de que lo sea pronto, como vivamente deseamos. De todos modos, es ley Divina y eclesiástica, que los cristianos deben guardar fielmente, temiendo más á Dios que á los hombres, porque no solamente puede herir en el cuerpo, sino castigar también en el alma; y, sobre todo, por amor de Dios, que se lo debemos más que á todas las cosas de este mundo; con alma, vida y corazón.

Alabemos todos y bendigamos al Señor con palabras y obras santas, para que sobre nosotros desciendan sus celestes bendiciones, que muy de corazón os deseamos, concediéndoo la nuestra afectuosísima en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio episcopal de El Burgo de Osma, firmada de nuestra mano y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno á veintiocho de Febrero de mil novecientos.

† JOSÉ MARÍA, Obispo de Osma.



Por mandado de S. S. Ilma. y Rvma., el Obispo, mi Señor,
DR. MANUEL MARÍA VIDAL,
Canónigo Secretario.

De esta CARTA PASTORAL se dará lectura en el primer día festivo al Ofertorio de la Misa Conventual.

Burgo de Osma.—Imp. de Francisco Jiménez.